

Vis a vis

José Agustín Goytisolo: «Soy un tábano molesto»

Blanca ALVAREZ

QUE nació en Barcelona en 1928, «pero tengo orígenes cubanos, sí señor», que ganó el «Adonais» en el cincuenta y cuatro, el «Boscán» en el cincuenta y seis, el «Ausias March» en el cincuenta y nueve, que forma parte de una familia literaria que ha dado que hablar en toda nuestra posguerra... Todo eso lo conocen nuestros bachilleres que encuentran su obra en las últimas páginas del manual de literatura. Otros saben de sus poemas musicados en el exilio, de la impresión que dejaron sobre las mesitas de noche los ácidos versos de «Sobre las circunstancias». Aunque, en definitiva, apenas si sabemos de un hombre que se esconde en la parafernalia del despiste y el equívoco.

Está en Oviedo, ha venido para presentar su «Rey mendigo» y a modo de saludo me regala una navaja porque ha leído, en alguna parte, que hablo del frío como una cuchillada. «Está bien para llevar en la liga, además, cuando te rasga las carnes no duele, sólo te sangra».

Sólo los locos son poetas

«¿Y por qué no hacemos la entrevista a dúo?», propone de buenas a primeras sobre la mesa llena de botellas y humo de cigarros. Bebe como si tuviese una sed insaciable y aumentase un fuego inextinguible.

—¿Hay que ser un loco para ser poeta?

—Que yo sepa, no. Dices que son locos los que están en el manicomio, pero esos son gente genial, los de fuera son los que están chalados.

—¿Como los locos furiosos de su poema?

—Es que cuando dices la verdad te encierran, para que no molestes.

—¿O lo encubren hasta el estigma?

—Más o menos.

—Casi todos coinciden en señalar que si existe algo realmente difícil, imposible, es la poesía. ¿Sólo los dioses hacen poesía?

—Sólo. Yo creía que sólo un dios los hacía y que era yo.

—¿En qué se diferencia el lenguaje poético?

—¿Cuántos lenguajes conoce? —y me hace enumerar todos los posibles lenguajes mientras escribe signos en un papel y dibuja—. El lenguaje hace diferente al mono del hombre. La poesía hace diferente al lenguaje. Por ejemplo, «son las cinco de la tarde», esto es poesía, dice algo, el lenguaje poético es el mismo, pero no «a las cinco de la tarde / eran las cinco de la tarde / el toro sólo, el sol arriba...» hace diferente al lenguaje, conmociona, incita, rompe...

—Parece que no hay muchos lectores capacitados para leer poesía.



José Agustín Goytisolo es un poeta que escribe desde el dolor y que considera la escritura un placer solitario.

—Es como el que está sordo y no sabe hablar, le funciona el mecanismo articulario, pero no puede porque no oye.

—¿Todo son palabras?

—Lo que no tiene nombre no existe.

—Y el poeta, ¿pone nombres?

—Los trastoca.

Julia, Julia, Julia

La voz ronca de Paco Ibáñez cantaba hace años «Palabras para Julia».

—Julia es mi niña. Ese poema de «Palabras...» fue escrito para darle unos ánimos que yo no sentía, creo que lo escribí para no suicidarme de dolor.

—¿Desde dónde se escribe?

—Desde el dolor, desde la alegría no se puede. Se escribe desde la cama. En la cama se hace todo lo bueno de la vida: se duerme y se escribe. Otros hacen guarradas, yo las hago en la ducha o en el ascensor.

—¿Escribir desde un determinado estado de ánimo «contamina» la poesía?

—No se debe escribir porque se dicen muchas tonterías. Grandes poetas han dicho horrores desde un estado de ánimo de enamoramiento, por ejemplo.

—¿No le atormenta escribir?

—No, es como un placer solitario.

—¿Un poeta no debe escribir desde la impresión?

—No, debe alejarse, desimpresionarse. Siempre tiene que haber artificio. Con sentimientos no se hace buena poesía.

—¿Por qué escribe?

—Por que soy vanidoso... peor aun, por orgullo.

—¿La literatura es artificio?

—En gran medida. Es una forma de generar emociones y convulsionar.

La provocación y las izquierdas

La generación de escritores en la que cronológicamente se enmarca la obra de J. A. Goytisolo es una generación marcada por el alcohol, la bohemia, el malditismo y la «boutade». A veces parecen suspendidos de otro tiempo y otras noches en blanco miran como si hubieran perdido la posibilidad de continuar la larga borrachera que lo conjuraba y concitaba todo.

—¿Los escritores son de derechas o de izquierdas?

—Cuanto más viejo se hace uno más de derechas se hace... es la ley del plomo. Yo aún no debo estar muy viejo, porque no estoy todo a la derecha que debiera. Semprún se ha hecho

de derechas —la copa había permanecido el tiempo de un suspiro vacía, vuelve a llenarla—. La buena literatura es siempre de izquierdas, siempre revolucionaria. El revolucionario es Lezama, no Guillén.

—La adscripción que usted

hace de obra revolucionaria, ¿puede contradecirse con la militancia personal, como en el caso de Celline?

—Si la obra es revolucionaria el autor también lo es, si no, no. Lo otro es fingido.

—¿Lo que en el siglo pasado

Para puntualizar un retrato

A veces puede ser imposible hablar con él, pero nunca te deja indiferente. Dibuja una rata y un queso y dice ser el queso. Escribe signos y fórmulas de física, o da un giro y devuelve una pregunta y contesta lo que quiere o pregunta si no queda más tabaco negro e insiste para que beba calvados.

—¿Qué es la eternidad?

—Nadie lo supo decir. Einstein hizo una fórmula: $e = m \cdot v^2$. Eternidad es usted, y aquella, y todo y nada.

—¿Para qué quiere saber tantas cosas como fórmulas de física?

—Para enamorar a las mujeres.

—¿Cree en Dios?

—A Dios no lo tengo claro,

pero al Niño Jesús sí.

—¿Dónde se esconde?

—Siempre detrás de la pared.

—¿Es usted uno de los malditos de su generación?

—Yo soy una persona muy decente.

—¿Molesto?

—Yo soy como Aristófanes, que decía que quería ser como el tábano sobre el caballo: los dioses me han puesto sobre la ciudad, decía, para que no se durmiera.

—¿Está loco?

—Ciego y loco.

—¿Se defiende con las «boutades»?

—Sí, con el impudor defendiendo el pudor.

—¿Ha recibido alguna patada?

—Algunas.

se llamaba «ausentar al burgués»?

—Claro, algo que hacen los escritores inteligentes para despistar y ser otra cosa. Borges asustaba con sus «boutades», escandalizaba y alejaba de su obra. Seguro que era algo pretendido por él.

—¿Usted también juega al equívoco?

—Sí; todo el rato. Ahora hay que asustar al izquierdoso.

—¿Por qué?

—Por fastidiar.

—¿Le divierte?

—Me encanta.

Los críticos y el público

Suele suceder que cuando un autor consigue el reconocimiento general, los críticos suelen sumarse a su suela para dejar claro su conocimiento, para valorarse a través de la obra consagrada. Pocos escritores hablan bien de los críticos, al menos en privado, son como una raza entre peligrosa y esquiva con la que no suelen sentirse ni a gusto ni satisfechos.

—¿Qué es un crítico?

—Debería ser un catador.

Hay muchas clases, los peores son los que te dan caba y se sienten cómplices de la misma sabiduría. Críticos se llaman a sí mismos mucho gacetillero, mucho petimetre que se cobija a la sombra de otros. El crítico debe emitir opiniones propias que divulguen la obra del autor, que le creen un público.

—¿Y el público?

—Fiel e inteligente. En realidad cada obra del autor predetermina el público que quiere. El deseo del autor de por quién desea ser leído está en la obra.

—¿Y las modas, los ismos y posismos?

—Adscribiéndose a ellos en realidad lo que buscas es un público determinado. La poesía sólo es una buena o mala, mal que le pese a las modas.

—¿Está por encima?

—No, por debajo.

—«Quiero ser la madre abadesa / Quiero misas de culo y en latín / Quiero triunfar como una bestia / Quiero que no se me invite otra vez a disolverme / pacíficamente...»

—Yo, en realidad, quiero que me quieran algunas mujeres y todo eso y mucho más, lo quiero todo y no quiero nada.

—¿Le asusta la muerte o forma parte de esa idiosincrasia tan española de convivir con ella y convertirla en un tótem?

—Siempre atrae todo lo que da miedo. Es como el demonio verde que nos posee, mal que nos pese. Acobardarse es otra cosa.

—¿En el ruedo, el toro, el torero?

—El toro embiste porque quiere salir. El que tiene miedo es el torero.